

SESSION 2014

**CAPES
CONCOURS EXTERNE
ET CAFEP**

Section : LANGUES VIVANTES ÉTRANGÈRES : ESPAGNOL
Section : LANGUES RÉGIONALES :
BASQUE, CATALAN, CRÉOLE,
OCCITAN-LANGUE-D'OC

COMMENTAIRE DIRIGÉ EN ESPAGNOL

Durée : 5 heures

L'usage de tout ouvrage de référence, de tout dictionnaire et de tout matériel électronique (y compris la calculatrice) est rigoureusement interdit.

Dans le cas où un(e) candidat(e) repère ce qui lui semble être une erreur d'énoncé, il (elle) le signale très lisiblement sur sa copie, propose la correction et poursuit l'épreuve en conséquence.

De même, si cela vous conduit à formuler une ou plusieurs hypothèses, il vous est demandé de la (ou les) mentionner explicitement.

NB : La copie que vous rendrez ne devra, conformément au principe d'anonymat, comporter aucun signe distinctif, tel que nom, signature, origine, etc. Si le travail qui vous est demandé comporte notamment la rédaction d'un projet ou d'une note, vous devrez impérativement vous abstenir de signer ou de l'identifier.

Tournez la page S.V.P.

La Regenta, Ana Ozores, y su criada, Petra, regresan a Vetusta después de un paseo por el campo.

Cuando llegaban a las primeras casas de Vetusta, oscurecía. La luz amarillenta del gas brillaba de trecho en trecho, cerca de las ramas polvorientas de las raquílicas acacias que adornaban el boulevard, nombre popular de la calle por donde entraban en el pueblo.

—¿Cómo me has traído por aquí?

5 —¿Qué importa?

Petra se encogió de hombros. En vez de subir por la calle del Águila habían dado un rodeo y entraban por una de las pocas calles nuevas de Vetusta, de casas de tres pisos, iguales, cargadas de galerías con cristales de colores chillones y discordantes. La acera de tres metros de anchura, una acera hiperbólica para Vetusta, estaba orlada por una fila de faroles en columna, de hierro pintado de verde, y por otra fila de árboles; prisioneros en estrecha caja de madera, verde también. Por esto se llamaba *El boulevard*, o lo que era en rigor, *Calle del Triunfo de 1836*. Al anochecer, hora en que dejaban el trabajo los obreros, se convertía aquella acera en paseo donde era difícil andar sin pararse a cada tres pasos. Costureras, chalequeras, planchadoras, ribeteadoras¹, cigarreras, fosforeras, y armeros, zapateros, sastres, carpinteros y hasta albañiles y canteros, sin contar otras muchas clases de industriales, se daban cita bajo las acacias del Triunfo y paseaban allí una hora, arrastrando los pies sobre las piedras con estridente sonsonete.

Había comenzado aquel paseo años atrás como una especie de parodia; imitaban las muchachas del pueblo los modales, la voz, las conversaciones de las señoritas, y los obreros jóvenes se fingían caballeros, cogidos del brazo y paseando con afectada jactancia. Poco a poco la broma se convirtió en costumbre y merced a ella la ciudad solitaria, triste de día, se animaba al comenzar la noche, con una alegría exaltada, que parecía una excitación nerviosa de toda la «pobretería», como decían los tertulios de Vegallana². Era la fuerza de los talleres que salía al aire libre; los músculos se movían por su cuenta, a su gusto, libres de la monotonía de la faena rutinaria. Cada cual, además, sin darse cuenta de ello, estaba satisfecho de haber hecho algo útil, de haber trabajado. Las muchachas reían sin motivo, se pellizcaban, tropezaban unas con otras, se amontonaban, y al pasar los grupos de obreros crecía la algazara; había golpes en la espalda, carcajadas de malicia, gritos de mentida indignación, de falso pudor, no por hipocresía, sino como si se tratara de un paso de comedia. Los remilgos eran fingidos, pero el que se propasaba se exponía a salir con las mejillas ardiendo. Las virtudes que había allí sabían defenderse a bofetadas. En general, se movía aquella multitud con cierto orden. Se paseaba en filas de ida y vuelta. Algunos señoritos se mezclaban con los grupos de obreros. A ellas les solía parecer bien un piropo de un estudiante o de un hortera; pero la indignación fingida era mayor cuando un *levita*³ se propasaba y siempre acompañaba a la protesta del pudor el sarcasmo. Aquellas jóvenes, que no siempre estaban seguras de cenar al volver a casa, insultaban al transeúnte que las llamaba hermosas, suponiendo que el

¹ Las que adornan la ropa o el calzado con ribetes (cintas, galones o trencillas).

² El marqués de Vegallana es uno de los personajes de la novela.

³ un pollo elegante, de los que vestían levita, esto es, casaca de faldones rectos.

*futraque*⁴ tenía *carpanta*, o sea hambre. A lo sumo concedían que comería cañamones⁵. Los expertos no se aturdirían por estos improprios convencionales, que eran allí el buen tono; insistían y acababan por sacar tajada, si la había. La virtud y el vicio se codeaban sin escrupulo, iguales por el traje que era bastante descuidado. Aunque había algunas jóvenes limpias, de aquel montón de hijas del trabajo que hace sudar, salía un olor picante, que los habituales transeúntes ni siquiera notaban, pero que era molesto, triste; un olor de miseria perezosa, abandonada. Aquel perfume de harapo lo respiraban muchas mujeres hermosas, unas fuertes, esbeltas, otras delicadas, dulces, pero todas mal vestidas, mal lavadas las más, mal peinadas algunas. El estrépito era infernal; todos hablaban a gritos, todos reían, unos silbaban, otros cantaban. Niñas de catorce años, con rostro de ángel, oían sin turbarse blasfemias y obscenidades que a veces las hacían reír como locas. Todos eran jóvenes. El trabajador viejo no tiene esa alegría. Entre los hombres acaso ninguno había de treinta años. El obrero pronto se hace taciturno, pronto pierde la alegría expansiva, sin causa. Hay pocos viejos verdes entre los proletarios.

Ana se vio envuelta, sin pensarlo, por aquella multitud. No se podía salir de la acera. Había mucho lodo y pasaban carros y coches sin cesar; era la hora del correo y aquél el camino de la estación.

(...)

Alguna otra vez había pasado la Regenta por allí a tales horas, pero en esta ocasión, con una especie de doble vista, creía ver, sentir allí, en aquel montón de ropa sucia, en el mismo olor picante de la chusma, en la algazara de aquellas turbas una forma de placer del amor; del amor que era por lo visto una necesidad universal. También había cuchicheos secretos, al oído, entre aquel estrépito; rostros lánguidos, ceños de enamorados celosos, miradas como rayos de pasión... Entre aquel cinismo aparente de los diálogos, de los roces bruscos, de los tropezones insolentes, de la brutalidad jactanciosa, había flores delicadas, verdadero pudor, ilusiones puras, ensueños amorosos que vivían allí sin conciencia de los miasmas de la miseria.

Ana participó un momento de aquella voluptuosidad andrajosa. Pensó en sí misma, en su vida consagrada al sacrificio, a una prohibición absoluta del placer, y se tuvo esa lástima profunda del egoísmo excitado ante las propias desdichas. «Yo soy más pobre que todas éstas. Mi criada tiene a su molinero que le dice al oído palabras que le encienden el rostro; aquí oigo carcajadas del placer que causan emociones para mí desconocidas...»

Leopoldo Alas "Clarín", *La Regenta*, 1885

⁴ Petimetre, lechuguino. Este término familiar también designa la prenda levita o casaca.

⁵ Simiente de cañamo. Se emplea principalmente para alimentar pájaros.

Question

Analice la evocación del proletariado en el texto y muestre qué función desempeña en la trama narrativa.

Document annexe 1

Publicada en 1885, *La Regenta* constituye una de las máximas cumbres de nuestra narrativa. Es una novela *total*, en el sentido de que presenta, a la vez, graves problemas humanos y un vasto panorama social, todo ello con un máximo rigor artístico.

La trama, sin embargo, puede resumirse en pocas líneas. Ana Ozores está casada con el Regente de la Audiencia, don Víctor Quintanar, hombre bonachón, mucho mayor que ella. El temperamento insatisfecho y soñador de « la Regenta » la hace oscilar entre una religiosidad sentimental (que aprovecha su confesor, el turbio don Fermín de Pas) y una sensualidad romántica (que la hará caer en los brazos del cínico seductor Álvaro Mesía). El desenlace es desolador: el marido morirá en un duelo con Álvaro; Ana se verá abandonada por todos- hasta por su confesor- y condenada por una sociedad implacable.

El panorama social es el de Oviedo (Vetusta en la novela), pero resume el de toda la España de la época. Y la visión de Clarín es implacable: una aristocracia corrompida, un clero materializado, una burguesía vulgar... No hay escenario al que el autor no nos lleve. Pero lo importante es que no se trata de un puro “decorado”, sino de una “atmósfera” que *condiciona* los comportamientos de los personajes.

Fernando Lázaro y Vicente Tusón, *Literatura española*, Anaya, 1998

Document annexe 2

Lo que caracteriza al « espacio » humano y natural de *La Regenta* es su enorme capacidad englobadora, la desmenuzada impresión de totalidad que ofrece. Con una sola novela, Clarín capta la totalidad en esencia de la España de la Restauración. (...) El espacio se constituye a través de los personajes que lo habitan y por las relaciones que los unen y separan. Pero en bastantes ocasiones este espacio se independiza de los personajes y queda reflejado en espléndidos cuadros de costumbres de la vida decimonónica de la Restauración. Estos cuadros tienen siempre una relación clarísima con la acción (...). Algunos de los cuadros de costumbres más perfectos son los de la vida en el casino, la descripción del teatro, el juego de los niños en el Espolón, la misa de gallo en la catedral, la escena del paseo de los obreros, etc.

La Regenta, introducción, edición de Juan Oleza, Cátedra, Letras hispánicas,
1991